

Quando Carolina subió á la agencia, notó bien el olor de ruina, el estremecimiento de secreta angustia en las oficinas silenciosas ahora. Al atravesar la caja vió á una veintena de personas, toda una multitud que esperaba, mientras el cajero de dinero y el cajero de títulos hacían todavía honor á los compromisos de la casa, pero con mano poco apresurada, como hombres que vacían los últimos cajones. Por una puerta entreabierta, vió la sección de liquidación como adormecida, con sus siete empleados que leían periódicos, no teniendo apenas que trabajar desde que la Bolsa estaba de huelga. Sólo la sección del contado conservaba alguna vida. Y Berthier, el encargado de los poderes, fué quien la recibió, muy agitado él también, pálido el rostro, por la desgracia de la casa.

—Señora, no sé si podrá recibiros el señor Mazaud..... Está algo enfermo, ha cogido un enfriamiento por obstinarse en trabajar sin fuego toda la noche pasada, y acaba de bajar á su casa, en el primer piso, para descansar un rato. —

Carolina insistió.

—Os ruego, caballero, que hagáis porque le diga dos palabras..... Acaso va en ello la salvación de mi hermano. El señor Mazaud sabe muy bien que mi hermano no se ha ocupado nunca en operaciones de Bolsa, y su testimonio sería de una gran importancia..... Por otra parte, tengo que pedirle algunas cifras; sólo él puede informarme acerca de ciertos documentos.

Berthier, vacilante, acabó por rogarla que entrara en el despacho del agente de cambio.

—Esperad aquí un instante, señora, voy á ver. — Y en aquella pieza, en efecto, Carolina experimentó una gran sensación de frío. La lumbre debía estar apagada desde la víspera y nadie había pensado en volverla á encender. Pero lo que le chocaba más todavía era el orden perfecto, como si toda la noche y la mañana entera hubieran sido empleadas en vaciar los cajones, en destruir los papeles inútiles, en clasificar los que había que conservar. Nada se hallaba por en medio, ni un legajo, ni siquiera una carta. Sobre la mesa no se vía, colocados metódicamente, más que el tintero, portaplumas y una papelera con un paquete de tarjetas de la casa, tarjetas verdes, color de la esperanza. En aquella desnudez, producía una tristeza infinita aquel profundo silencio.

Al cabo de algunos minutos, reapareció Berthier.

—¡Por mi fe, señora! He llamado dos veces, y no me atrevo á insistir..... Vos veréis si debéis llamar vos misma, cuando bajéis. Pero os aconsejo que volváis.

Carolina tuvo que resignarse. Sin embargo, en el descanso del primer piso, vaciló todavía, y hasta avanzó la mano hacia el botón de la campanilla. Y se iba al fin, cuando gritos, sollozos, un sordo rumor, en el fondo del cuarto, la detuvo. Abrióse la puerta bruscamente, y un criado

salió asustado y desapareció por la escalera, balbuceando:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! El señor....

Quedóse inmóvil delante de aquella puerta, por donde salía, muy claro ahora, un lamento de espantoso dolor. Y se le heló la sangre, adivinando, invadida por la clara visión de lo que allí pasaba. Al pronto quiso huir, pero luego no pudo, enloquecida de piedad, atraída, sintiendo la necesidad de ver y de llevar ella también sus lágrimas. Entró, encontró todas las puertas abiertas, y llegó hasta el salón.

Dos criadas, la cocinera y la doncella sin duda, asomaban allí la cabeza, con caras de terror, balbucientes.

—¡Oh, el señor! ¡Oh, Dios mío, Dios mío!

La moribunda luz de aquel nublado día de invierno entraba débilmente por entre las espesas cortinas de seda. Pero hacía mucho calor, gruesos troncos acababan de consumirse en brasas en la chimenea, iluminando las paredes con un gran reflejo rojo. Sobre una mesa, un ramo de rosas, un ramo regio para la estación, que el agente había traído la víspera á su mujer, abría-se en aquel tibio ambiente de estufa, embalsamando toda la pieza. Aquel era como el perfume mismo del refinado lujo del mueblaje, el buen olor de suerte, de riqueza, de felicidad de amor, que durante cuatro años habían florecido allí. Y bajo el reflejo rojizo del fuego, Mazaud estaba caído al borde del canapé, destrozada la cabeza

por una bala, crispada la mano en la culata del revólver; mientras que, de pie ante él, su joven mujer, que había acudido, lanzaba aquel lamento, aquel grito continuo y salvaje que se oía desde la escalera. En el momento de la detonación, tenía en los brazos á su hijo, niño de cuatro años y medio, cuyas manecitas se habían agarrado á su cuello con espanto, y su hija, una niña de seis años, la había seguido, cogida á su falda, apretándose contra ella; y los dos niños gritaban también, de oír gritar á su madre, desesperadamente.

Carolina quiso llevárselos de allí.

—Señora, yo os lo suplico.... Señora, no estéis aquí....

Ella misma temblaba, se sentía desfallecer. De la cabeza destrozada de Mazaud veía correr la sangre todavía y caer gota á gota sobre el terciopelo del canapé, de donde chorreaba sobre la alfombra. Y le parecía que aquella sangre llegaba hasta ella y le salpicaba los pies y las manos.

—Señora, yo os lo suplico, seguidme....

Pero, con su hijo colgado á su cuello, con su hija cogida á su cintura, la desdichada no oía, no se movía, tiesa, plantada allí de tal modo que ningún poder del mundo habría podido arrancarla. Los tres eran rubios, blancos como la leche, la madre de aspecto tan delicado é ingenuo como los niños. Y en el estupor de su felicidad muerta, en aquel brusco aniquilamiento de la dicha que debía durar siempre, seguían lanzando

gritos desesperados, el alarido por donde pasaba todo el horrible sufrimiento de la especie.

Carolina cayó de rodillas, sollozando, balbuceando:

— ¡Oh, señora, me desgarráis el corazón! Por favor, señora, arrancaos á este espectáculo; venid conmigo á la habitación vecina, dejadme tratar de ahorraros algo del mal que se os ha hecho.....

Y siempre el grupo feroz y plañidero, la madre con los dos pequeños, como incrustados en ella, inmóviles con sus largos cabellos rubios sueltos. Y siempre aquel horrible alarido, aquella lamentación de la sangre, que sube de la selva cuando los cazadores han matado al padre.

Carolina se había levantado perdida de la cabeza. Se oía ruido de pasos, voces, sin duda la llegada del médico, la comprobación de la muerte. Y no pudo continuar allí más, y huyó perseguida por el alarido abominable y sin fin que, aun en la calle, entre el rodar de los carruajes, creía seguir oyendo.

Cerraba ya la noche, hacía frío, y anduvo lentamente, por temor á que la prendiesen, tomándola por una criminal al ver su aire de susto. Todo acudía á su memoria, toda la historia del monstruoso hundimiento de los doscientos millones, que amontonaba tantas ruinas y que aplastaba tantas víctimas. ¿Qué fuerza misteriosa, después de haber edificado tan rápidamente aquella torre de oro, acababa de destruirla de

esta suerte? Las mismas manos que la habían construido, parecía que se habían encarnizado, acometidas de locura, en no dejar una piedra en pie. Por todas partes, alzábanse gritos de dolor, derrumbábanse fortunas con el ruido de los carros de escombros que se vacía en los vertederos públicos. Aquello era los últimos bienes patrimoniales de los Beauvilliers, los sueldos arañados uno á uno de las economías de Dejoie, las ganancias realizadas en la gran industria por Sedille, las rentas de los Maugendre retirados del comercio, que, revueltos, eran echados con estrépito al fondo de la misma cloaca, que nada llenaba. Era también Jantrou ahogado en alcohol, la baronesa Sandorff ahogada en lodo, Masias caído otra vez en su miserable condición de perro castigado, atado toda su vida á la Bolsa por la deuda; y era Flory ladrón, en la cárcel, expiando sus debilidades de hombre tierno, Sabatani y Fayeux fugados, galopando con el miedo á los gendarmes; y eran, más lastimosos y dignos de piedad, las víctimas desconocidas, el gran rebaño anónimo de todos los pobres que había hecho la catástrofe, temblando en el abandono, gritando de hambre. Después el muerto, disparos de pistola que partían de los cuatro extremos de París, la cabeza destrozada de Mazaud, la sangre de Mazaud que, gota á gota, en el lujo y en el perfume de las rosas, salpicaba á su mujer y á sus hijos, que aullaban de dolor.

Y, entonces, se exhaló del angustiado cora-

zón de Carolina, en un grito de execración contra Saccard, todo lo que ella había visto y oído, desde hacía algunas semanas. Ya no podía callarse más, ni dejarlo á un lado como si no existiera, para evitarse el juzgarlo y el condenarlo. Que él sólo era el culpable era lo que surgía de cada uno de aquellos desastres acumulados, cuyo espantoso amontonamiento la aterraba. Y lo maldecía; su cólera y su indignación, largo tiempo contenidas, se desbordaban en un odio vengador, el odio mismo al mal. ¿Acaso no amaba á su hermano, cuando había esperado hasta entonces para odiar á aquel hombre horrible que era la única causa de su desgracia? ¡Su pobre hermano, aquel gran inocente, aquel gran trabajador, tan justo, tan recto, manchado ahora con la mancha indeleble de la prisión, la víctima que ella olvidaba, más cara y más dolorosa que todas las demás! ¡Ah, que Saccard no encontrase perdón, que nadie se atreviera ya á defender su causa, ni siquiera los que seguían creyendo en él, ni siquiera los que no conocían de él más que su bondad, y que muriera un día, solo, despreciado!

Carolina alzó los ojos. Había llegado á la plaza, y vió, ante sí, la Bolsa. Caía el crepúsculo; el cielo de invierno, cargado de bruma, ponía detrás del monumento como un humo de incendio, una nube de un rojo sombrío que parecía formada con las llamas y el polvo de una ciudad tomada por asalto. Y la Bolsa, gris y silenciosa,

destacábase con la melancolía de la catástrofe que desde hacía un mes la dejaba desierta, abierta á los cuatro vientos del cielo, parecida á un mercado que una escasez ha dejado vacío. Aquella era la epidemia fatal, periódica, cuyos estragos barren la plaza cada diez ó quince años, los viernes negros, como se les llama, que siembran el suelo de escombros. Se necesitan años para que renazca la confianza, para que se reconstruyan las grandes casas de banca, hasta el día en que la pasión del juego, reavivada poco á poco, ardiente y acometiendo otra vez la aventura, trae una nueva crisis, lo hunde todo en un nuevo desastre. Pero aquella vez, detrás de aquella rojiza humareda del horizonte, en las lejanías confusas de la villa, sentíase como un gran crujido sordo, el cercano fin de un mundo.